

Sermón
Capilla de Apertura del Año Escolar 2010-11
Comunidad Teológica de México
1 sept 2010

Texto: Jeremías 1:4-19

“Porque he aquí que yo convoco a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor, y vendrán, y pondrá cada uno su campamento a la entrada de las puertas de Jerusalén, y junto a todos sus muros en derredor, y contra todas las ciudades de Judá, y a causa de toda su maldad, proferiré mis juicios contra los que me dejaron, e incensaron a dioses extraños, y la obra de sus manos adoraron.” Palabras duras y amenazantes. Palabras de destrucción y devastación. Palabras de guerra y juicio. Dios estaba enojado con el pueblo de Judá, porque lo habían abandonado para servir a dioses extraños, dioses que no eran dioses.

Y por eso, Dios llama a Jeremías, y le dice: “Antes que te formase en el vientre, antes que nacieses, te escogí como profeta, para hablar mi palabra.” En medio de esas palabras de destrucción, Dios tenía una tarea para Jeremías: anunciar su palabra de juicio y de renovación. Le dice, “Ciñe tus lomos. Levántate. Prepárate para hablarles todo lo que yo te mande. Te estoy poniendo sobre naciones y reinos para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar. Yo el Señor estoy contigo.”

Y ¿cómo responde Jeremías? ¿Dice, “Adelante, Señor. Aquí estoy. Heme en tus manos. Envíame donde quieras e iré con gusto. Haré lo que tú me pidas.”? ¿Así responde? No. Al contrario, dice, “¡Ah! ¡Ah, Señor! Mira, no sé hablar, porque apenas soy un niño. No puedo hacer lo que tú me estas pidiendo. No puedo hablar bien delante de otros. Soy tímido y muy torpe para hablar. No tengo experiencia. No estoy capacitado. Búscate a otra persona mejor. Yo no puedo.”

Hoy estamos celebrando nuestra primera capilla comunitaria de este año escolar 2010-2011 aquí en la Comunidad Teológica de México. Estamos aquí profesores y estudiantes y otras personas que laboramos aquí en la Comunidad o en alguno de los Seminarios que la componen. Algunos ya tenemos tiempo aquí. Otros apenas están conociendo este lugar. Venimos de muchas diferentes iglesias y congregaciones y lugares de origen y trasfondos. Mujeres, hombres, jóvenes, personas mayores. Hay de todo.

Pero a pesar de todas estas diferencias, hay algo que todos tenemos en común. Estamos aquí porque hemos sentido un llamado. Un llamado para servir a Dios. Igual como le dijo a Jeremías, Dios también nos ha dicho a cada uno de nosotros, “Yo te he escogido para ser mi profeta, mi portavoz, para hablar mi palabra al mundo.” Y el contexto en el que nos llama es muy parecido al contexto en el que llamó a Jeremías.

¿Por qué? Porque hoy también hay mucha gente sirviendo a dioses extraños. Y al decir eso, no me estoy refiriendo tanto a la gente que no asiste a ninguna iglesia. Sin duda, hay muchos dioses extraños allá afuera en el mundo y la sociedad. Pero lo que más me preocupa es que hay tantas iglesias que se llaman cristianas donde se está sirviendo a dioses extraños. Por supuesto, invocan a Dios igual que tú y yo. Hablan de Jesucristo, del Espíritu Santo, de la Biblia, del Evangelio, igual que nosotros. Pero para mí, cuando hablan de Dios, están hablando de un dios extraño, un dios distinto al que yo conozco, un dios que no es el verdadero Dios.

Porque el verdadero Dios, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, es un Dios que libera y ama sin condiciones y transforma vidas. Pero lo que vemos en muchas iglesias más bien es un Dios que oprime, que esclaviza, que lastima. Podría darles muchos ejemplos. Una de mis estudiantes era casada con hijos, pero su esposo, que también iba a su iglesia, abusaba de ella y le golpeaba. Cuando ella ya no aguantó más, se separó de su esposo. Y cuando lo supo el pastor de su iglesia, le dijo: “Ya no eres bienvenida aquí en la iglesia, hasta que vuelvas con tu esposo y te sometas a él como cabeza de la familia, porque la separación y el divorcio es pecado.” Hermanos y hermanas, para mí, el Dios que proclama ese pastor no es el Dios en el que yo creo. Es un dios extraño.

Otra alumna vino a estudiar aquí muy entusiasmada. Quería saber más de la Biblia y de la teología para servir a Dios. Pero se inscribió sin pedirle permiso a su pastor. Luego me explicó que en su iglesia, para estudiar, para tener novio o novia, o inclusive para leer un libro, tenían que pedirle permiso al pastor. Cuando su pastor supo que ella se había inscrito aquí, no fue con ella, sino con su padre, y le dijo: “Si tu hija no se retira de esa escuela, ustedes ya no pueden estar en la iglesia.” El Dios de ese pastor para mí también es un dios extraño.

Otro alumno ya era pastor, pero su iglesia enseñaba que no era permitido ir a ver al doctor o tomar medicinas, porque eso representaba una falta de fe en el poder sanador de Dios. Cuando este pastor se negó a enseñar eso en su congregación, y más bien animaba a la gente enferma a ver a un doctor y tomar medicamentos, lo sacaron de su iglesia. Ha habido aquí estudiantes de otras iglesias donde a las mujeres se les prohíbe usar pantalones o vestirse de cierta forma. Y ni hablar de iglesias donde se les dice a las mujeres, “Ustedes no pueden servir como pastoras porque eso va en contra de la voluntad *de Dios*.” Para mí, ese Dios, hermanas y hermanos, es un dios extraño.

Una joven tenía muchas necesidades económicas, por lo cual necesitaba urgentemente de un trabajo. Después de buscar durante un buen tiempo, finalmente el único trabajo que encontró fue uno donde iba a tener que trabajar los domingos en la mañana, de modo que no iba a poder asistir a su iglesia en domingo. La iglesia respondió reprendiéndola públicamente y poniéndola bajo disciplina. Hermanos y hermanas, el dios que se adora en esa iglesia para mí es un dios extraño.

Algunos estudiantes hicieron una fiesta de despedida de un colega, y alguien trajo un poco de cerveza a la fiesta. Cuando se enteraron las autoridades de su iglesia, pusieron a estos estudiantes bajo disciplina, les quitaron la beca y les prohibieron estudiar un tiempo. Hermanos y hermanas, el dios de esas autoridades para mí no es el verdadero Dios. Es un dios extraño.

Conozco a un pastor luterano que hace un ministerio con personas con SIDA. El me dijo que cuando empieza a visitar a alguna persona con SIDA, no le dice que es pastor, ni lleva Biblia ni nada que lo identifique como pastor o cristiano. ¿Por qué? Porque si las personas con SIDA se enteran de que es pastor o cristiano, no quieren hablar abiertamente con él ni entrar en confianza con él. Estas personas han sido tan maltratadas y lastimadas por pastores y cristianos que los juzgan y condenan, que les dicen que su enfermedad es un castigo de Dios, que ya no quieren saber nada de pastores ni de la iglesia.

Una alumna me dijo que su esposo no puede ni siquiera entrar a un templo evangélico porque se siente traumatado por experiencias que ha tenido en iglesias cristianas.

Hermanos y hermanas, hay tanta gente, tanta gente, que ha sido lastimada profundamente por pastores e iglesias cristianas, en el nombre de Dios. Un Dios que no es el Dios de Jesucristo, sino el dios de los fariseos que Jesús condenaba. Un dios extraño.

¿Adónde hemos caído que la gente se siente traumada por entrar en una iglesia? ¿Que un pastor no puede identificarse como pastor porque la gente luego luego piensa que los va a condenar y juzgar en lugar de escucharles sus problemas y darles apoyo? ¿Que un pastor no puede andar con una Biblia porque la gente piensa que la va a usar como una arma para reprocharle y atacarle?

Pero las iglesias que lastiman a la gente en nombre de Dios no son las únicas donde se proclama a dioses extraños. También proclaman a dioses extraños las iglesias donde dejan de proclamar al Dios verdadero, el Dios de amor y compasión y gracia que libera y transforma a la gente. Iglesias que son apáticas y no hacen nada por nadie. Iglesias donde lo que predomina no es el amor sino los intereses particulares del pastor o de algún grupo de la congregación. Iglesias donde se pelean sobre qué color se va a pintar el templo pero jamás levantan un dedo para servir a la comunidad que les rodea. Iglesias donde hay constantes luchas por el poder. Iglesias donde predomina la hipocresía en lugar del amor mutuo. Iglesias donde no se toma en cuenta a los niños o los jóvenes, sino que se les margina y calla. Iglesias que jamás ejercen una voz profética, sino que se callan ante las injusticias a su alrededor. Iglesias que no sirven a nadie. Esas iglesias también están proclamando a dioses extraños, dioses que no son dioses, porque el Dios que anuncian no es el Dios de Jesucristo, el Dios que está comprometido con la gente en sus necesidades y no tolera la injusticia y la hipocresía y la apatía.

Una vez me contaron de una asamblea de una iglesia que presentaba muchas de las características de las iglesias que acabo de describir. Según me dijeron, había un pastor, Eliseo—algunos de ustedes lo conocen—que constantemente estaba pidiendo la palabra y levantando la voz para protestar contra todas las injusticias y sacar a la luz toda la hipocresía que había. Por fin, otro de los pastores que estaba presente se molestó tanto con el Pastor Eliseo que, cuando Eliseo se levantó a hablar, éste le dijo, “Eliseo, ¡en el nombre de Dios, ya cállate!” Me dijeron que Eliseo volteó a ver al otro pastor y le contestó: “Tu Dios es mi diablo.” O sea, el que tú estás nombrando como Dios, el Dios en el nombre del cual me estás pidiendo que me calle, para mí es todo lo contrario de Dios. Es el diablo.

Hermanos y hermanas, yo creo que Dios está cansado de que se practique tanta injusticia e hipocresía en su nombre, que se lastime a tanta gente, que haya tanta apatía y falta de amor y entrega en las iglesias. Está harto de que se predique como Dios al diablo. Y por eso, como en la época de Jeremías, nos dice a cada uno de los que estamos aquí, “Cíñe los lomos. Te estoy enviando para hablar mi palabra. Quiero construir algo diferente, iglesias y comunidades diferentes donde no se sirve ni se proclama a esos dioses extraños sino al único Dios verdadero. Pero antes de construir, primero tengo que arrancar y destruir y derribar, porque mientras todo eso siga estorbando, mientras haya esos dioses extraños por todas partes, no puedo edificar y plantar lo que quiero edificar y plantar.”

Para eso, hermana, hermano, tú y yo estamos aquí. Para ser los instrumentos de Dios para derribar los altares de los dioses extraños y edificar el templo del Dios vivo y verdadero, el Dios de Jesucristo de amor y comprensión y compasión y compromiso. A eso nos está llamando a Dios. No es una tarea fácil. Al contrario, es una tarea difícil que implica mucho conflicto, mucho sufrimiento, mucho sacrificio, mucho dolor. Pregúntale al profeta Jeremías, cómo le fue. Pregúntale a Jesús, que fue crucificado. Pregúntales a sus discípulos, a Pablo, a Esteban. Para cumplir con esta tarea, necesitamos estar bien preparados. Es como un soldado. Un soldado que va a la guerra sin estar preparado no va a lograr nada. Al contrario, probablemente morirá pronto y también pondrá en peligro a sus compañeros.

De la misma manera, si nosotros vamos a cumplir con la tarea que nos ha encomendado Dios, necesitamos estar bien preparados. Muchas veces alumnos aquí me han comentado que les dicen cosas como, “No hace falta tanto estudio. Necesitamos pastores, no teólogos. ¿Para qué están estudiando tanto allí? Deberían dejar de perder el tiempo en eso y mejor estar allí afuera evangelizando a la gente.” Cómo me molesta cuando oigo esas cosas. Porque para servir bien a Dios, para proclamar al Dios verdadero y no a dioses extraños, necesitamos gente bien preparada. Las calles están llenas de gente supuestamente evangelizando, pero que en realidad, consciente o inconscientemente, están muchas veces anunciando a dioses extraños, dioses que oprimen y lastiman, porque no se han preparado bien.

Hermanos y hermanas, como Jeremías el profeta, nosotros estamos llamados a una tarea grande, seria, importante. Una tarea de vida y muerte. Porque un evangelio falso destruye la vida. Mata. Los dioses extraños matan. Dan muerte. Sólo el verdadero Dios es el que da la vida. Y si vamos a proclamar a ese Dios, tenemos que prepararnos bien. Por eso estamos aquí en este lugar, la Comunidad Teológica de México, comenzando un nuevo semestre.

Para servir bien al Dios verdadero, necesitamos estar bien preparados. Servirle bien a Dios exige lo mejor de nosotros. Exige compromiso. Exige dedicación. Exige entrega. Aquí en este contexto de la escuela, exige que todos los que estamos aquí, maestros, estudiantes, directivos, TODOS, demos lo mejor de nosotros. Lo mejor. Nada menos. Eso es lo que tenemos que dar aquí. Tú y yo. Y tenemos que exigirnoslo mutuamente, los unos de los otros. Si yo como profesor no estoy cumpliendo bien con mi deber, necesito que me lo digan. Y si tú no estás cumpliendo con tu deber, yo o alguien más también tiene el deber de decírtelo.

Pero no se trata solamente de exigir, sino de apoyar. Por algo, este lugar se llama Comunidad: la Comunidad Teológica de México. Porque somos llamados a ser comunidad. Cada uno de los que estamos aquí tiene que saber que cuenta con los demás, que todos los demás están con él o con ella, aunque seamos de diferentes iglesias o seminarios, no importa. Yo como profesor, estoy contigo. Estoy comprometido contigo. Quiero apoyarte. Acompañarte. Ayudarte. Y espero que tú te comprometas de la misma manera conmigo, y con los otros profesores y profesoras, y con tus compañeros y compañeras. Aquí todos necesitamos de todos. Por eso, necesitamos ser comunidad, una comunidad donde hay amor, comprensión, reconciliación, amistad, apoyo, al mismo tiempo que hay compromiso y seriedad y entrega. Sólo así podemos prepararnos bien para servir al Dios verdadero.

Pero para servir al Dios verdadero, para arrancar y derribar, y edificar y plantar, falta algo más que una buena preparación. Falta la fe. Cuando Dios le dijo a Jeremías, “Te quiero enviar como mi profeta,” Jeremías puso pretextos. Dijo que no podía. Era muy joven. No sabía hablar. Jeremías no tenía fe.

Noten que Dios no le dice, “No es cierto que eres niño. No es cierto que no sabes hablar.” Al contrario, Jeremías tenía razón. Sí era joven. Probablemente sí tenía dificultades para hablar. Pero eso no importaba. Dios le dijo, “No te preocupes, yo pondré mis palabras en tu boca.” Lo que faltaba en Jeremías era la fe. La misma fe de David, que cuando se presentó el gigante Goliat, dijo, “Sí, es cierto, yo apenas soy un niño. No sé pelear bien como tú, Goliat. Pero, ¿y qué? ¡Dios está conmigo, y hoy día te entregará en mis manos!” Eso le faltaba a Jeremías, decir, “Sí, soy un niño, no sé hablar. Pero, ¿y qué? Dios está conmigo, y así no hay nada que yo no pueda hacer.” Eso es lo que tenía que haber dicho Jeremías.

Hermanos, hermanas, ésa es la fe que necesitamos tú y yo al empezar este nuevo semestre. Si somos honestos, todos tenemos que reconocer que ninguno de los que estamos aquí es capaz. Todos tenemos carencias, debilidades. A todos nos faltan muchas cosas. Pero si Dios nos llama a una tarea, la tarea de arrancar y derribar y edificar y plantar en su nombre, él nos dará todo lo que necesitamos para hacerlo. Todo. Lo que nos pide Dios no es ser capaces. Lo que nos pide es confiar en él. Tener fe. La fe del niño David. La fe de Pablo que dijo, “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Todo.” Creer que pase lo que pase, Dios estará con nosotros. Y por eso también nos necesitamos unos a otros aquí para inspirarnos y fortalecernos mutuamente, para levantarnos los unos a los otros cuando hemos caído y sentimos que no podemos seguir y para decirnos, “Andale. Sí puedes. Dios está contigo, y yo también estoy contigo.” Eso es comunidad. Y esa es la comunidad que necesitamos ser aquí, la Comunidad Teológica de México.

“Antes que te formase en el vientre, te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta.” Eso es lo que Dios te dice a ti hoy aquí. Así que, ciñe tus lomos. Manos a la obra. A trabajar. A prepararte bien. Pero al mismo tiempo, recuerda: No estás solo. Dios está contigo. Y también estamos contigo todos los que estamos en este lugar. Porque aquí somos Comunidad.